

fuerza que con ellos se levante toda la cadena de sus desgraciados compañeros de infortunio, de suerte que ni de día ni de noche tienen tregua ó descanso; levantándose y echándose sin cesar, no es maravilla que ahuyenten el sueño el lúgubre retinido de las cadenas y los continuados pasos de tantas víctimas en sus estrechas viviendas. Si á esto agregamos los espantosos ahullidos que arranca el dolor, las urgencias de aquellos infelices retardadas á veces por sus mismos compañeros, y las deposiciones infectas que ensucian á los mas cercanos y á los que estan debajo, nadie estrañará por cierto que el mal vaya cundiendo, que se encone la calentura, y que el contagio, avivado por el estancamiento del aire, las suciedades y escrementos pútridos, dé por último nacimiento á una peste que arrebatá en breve tiempo gran parte de estos infelices. En vano el pobre moribundo que yace al lado de su compañero de infortunio; clama por algunas gotas de agua para restañar la sed que le devora; decídese por último á levantarse con la cadena; pero no pudiendo andar, empújale á latigazos; y fallece en el mismo sitio, no sé si de la enfermedad ó del apaleo.

Tal es el sumo horror que infunden estas atroces barbáries; tal la espantosa mortandad causada por el hacinamiento de tantos desgraciados, en medio de sus hediondos escrementos, de cadáveres y moribundos, de la ponzoñosa traspiracion de tantos hombres encadenados y que se creen pasto de blancos antropófagos, y que jadeando en tan reducido espacio y respirando su propia podredumbre, se ven

diariamente diezmados por el maligno contagio que entre ellos se desarrolla. Algunos médicos atribuyen á todas estas causas reunidas de infeccion el origen de la fiebre amarilla y del tifus náutico, que se encona especialmente en los climas cálidos, y cuyos funestos estragos pagan tan colmadamente todas las atrocidades de los blancos.

Y no se crea que en esta parte haya exajeracion, pues bastante lo dicen los hechos. Un buque negrero que carga en la costa de África mil doscientos ó mil quinientos esclavos, emplea cuarenta y cinco dias ó dos meses para llegar á las colonias de América; y en tan corto espacio pierde los dos tercios de su carga, llegando tan solo á su destino con tres ó cuatrocientos negros, tal es la mortandad que reina á su bordo. De ahí es que trae mas cuenta cargar menos esclavos á la vez, porque les cabe mejor asistencia, mas ambiente y libertad, y por lo mismo es menor el número de las víctimas.

Asustada la codicia de los traficantes de carne humana con la pérdida de tantos esclavos, se hizo cargo por fin de que le seria mas ventajoso conducir menos negros á la vez y tratarlos con mas blandura. Los medios mas eficaces de que echan mano para hacerles olvidar su desgraciada suerte consisten en conducirlos á la cubierta de la nave, para que respiren ambiente mas puro, y en agasajarlos de cuando en cuando con una música destemplada, haciéndoles danzar con las negras. Pero ¡pueden llamarse regocijos los que á latigazos se imponen á estos desgraciados! Separados para siempre de sus

mujeres, de sus hijos y de su patria, y persuadidos de que los blancos los compran para devorarlos, no es maravilla que se entreguen á horrorosa melancolía, acrecentada aun mas por los malos tratamientos y por las cadenas que lastiman sus miembros. Así es que no pocas veces se arrojan al mar al menor descuido de sus guardas; pero sus sayones requieren ahincadamente las prisiones por temor de alzamiento, y con la interesada mira de que no se quiten la vida. Por último, procuran distraerles por medio de ejercicios violentos, apaleando desapiadadamente á los melancólicos y tardíos; y de ahí es que desollados, exhalan alaridos lamentables y espantosos ahullidos que se repiten por toda la nave, y que durante la noche, y mas aun en alta mar, infunden á sus mismos verdugos entrañable y mortal melancolía.

Algunos autores han intentado disculpar la esclavitud de los negros, alegando que sus reyes los tiranizan, y que su vida es tan miserable y precaria, que mas cuenta les trae verse reducidos á la servidumbre: pero ¿ignoramos acaso que la dicha y la desventura son relativas, y que el hombre puede estar bien hallado con la indijencia y la miseria? ¿No dimana la felicidad, mas bien que de la riqueza, del gozo del corazón y de la independencia? Aunque el negro nos parezca miserable y desgraciado en su patria, vive en ella dichoso, cual el Lapon en su helado hogar y el Suizo en sus riscos.

Á su llegada á las colonias, vense registrados los negros por los colonos, regateados, trocados y ven-

didos como el ganado en nuestras ferias. Los compradores les van requiriendo y repasando la lengua, la boca, las partes naturales, el color de la tez y la firmeza de las encías, para conocer si estan sanos y corrientes de vientre y estómago ú de otra dolencia interna; hácenles correr, saltar y levantar fardos, para justipreciar su agilidad y sus brios. Las negras, que andan desnudas, se ven escudriñadas con la mas prolija detencion, y sus bárbaros vendedores sacan á pública subasta la juventud y las gracias de aquellas infelices. Pero es tal la consternacion que reina en aquellos horribles mercados de carne humana, que se han visto algunos de aquellos desventurados quedar muertos en el sitio; ¡hasta tal punto vuelca su fantasía la zozobra de hallarse en el matadero y de ser devorados por los blancos (1)! El precio de estos esclavos va diariamente en aumento, porque ha menguado la poblacion africana, y los naturales se aprovechan de la competencia de los Europeos para alcanzar mayor lucro; así es que los colonos, que tienen que comprar los esclavos á precios subidos, tendrán que aumentar el valor de los renglones coloniales.

Nótase entre el colono y el negro inmensa distancia. Los blancos son reputados en la India por de casta infinitamente superior á los negros; solo á aquellos pertenecen los bienes, la autoridad, la independencia; hasta los negros se han avenido á esta vulgaridad, consagrada además por las leyes en el

(1) Basta este solo hecho, dice Desmarchais, para probar que hay antropófagos en Africa.

*código negro* y el *código blanco*, que es una especie de contrato civil impuesto por los colonos á los esclavos. Tienen estos la obligacion de hacer cuanto se les manda, so pena de los mas atroces castigos: solo pueden disponer de un dia por semana para buscar su sustento y el de su familia si estan casados; pero rara vez se casan, por no tener que cargar con tan duras obligaciones, y de ahí es que la especie no se reproduce bastante para cubrir sus desfalcos. Si los colonos facilitasen los casamientos, haciendo mas tolerable la vida de sus esclavos, no se verian en la precision de comprar otros nuevos, y se enriquecerian en breve tiempo; pues las negras son extraordinariamente fecundas: pero la avaricia no se hace cargo de sus propios intereses, y es compañera inseparable de la inhumanidad.

Cada negro produce á su amo un peso fuerte diario, y mucho mas aun los carpinteros, cerrajeros, cocineros, etc., los cuales por esta razon son tratados con mas blandura. Suélenles bautizar á su llegada de África, y enséñanles los principales dogmas de la relijion cristiana, recomendándoles sobre todo la obediencia, y amenazándoles con el infierno. Los protestantes los dejan vivir en su idolatría, porque si abrazasen el cristianismo, causaríales escrúpulo de conciencia retener en la esclavitud á sus *hermanos en Jesucristo* (1).

Segun Tusac (2), los negros de las Antillas comen-

(1) *Flore des Antilles.*

(2) Ya es bien sabido que cuanto mas libres son los pueblos, mas maltratados son sus esclavos; y que cuanto mas sujetos es-

los domingos *calalu* (*hibiscus esculentus*, L.), bacalao, saladillo ú pescado fresco; beben aguardiente de azúcar, van por la noche á la *calenda*, que es su danza, y no recapacitan con el mas mínimo recuerdo su situacion. Sin embargo los negros *minas*, que creen en la resurreccion, se quitan á veces la vida, aunque es muy raro el suicidio entre los negros criollos, á no ser arrebatados por los zelos ó alguna pasion frenética. Los colonos que tratan á los negros con blandura se ven jeneralmente menospreciados; mas no así los amos severos y ríjidos, á quienes temen (1). Los negros se envenenan á veces unos á otros.

Los hombres mas recomendables por su amor á la humanidad han proclamado en todos tiempos el horror con que miran la esclavitud de los negros y la barbárie de su tráfico. Los Cuáqueros fueron los primeros que censuraron este comercio en el año 1727, y los de Pensilvania dieron, en 1774, el ejemplo de su abolicion. Este triunfo, que alcanzó la relijion sobre el interés privado, no es debido al catolicismo, si es verdad que todavía se aferre en mantener en España y Portugal el servilismo y la inquisicion (2).

tan los pueblos al despotismo, menos distancia separa á los esclavos de sus amos. Hanse visto libertos mas poderosos que los hombres libres: así es que Augusto y Claudio mejoraron la suerte de los esclavos, al propio tiempo que oprimian á los ciudadanos romanos; Luis XI, que humilló el orgullo de los grandes, descargó al pueblo, etc.

(1) Tussac, *Flore des Antill.*, Disc. prelim., páj. 26.

(2) Esto se escribía en el año 1824, época de aciago recuer-

Sin embargo, la completa abolición del tráfico de negros no quedó sentenciada terminantemente por el parlamento británico hasta los años 1807 y 1808.

¡Eterna sea la gloria de aquellos jenerosos oradores, que, desdeñando los ruines cálculos del interés privado, defendieron á todo trance los derechos inmutables de las naciones y de la humanidad! ¡Cómo se gozarían los manes del inmortal Franklin y del primer filántropo moderno, Bartolomé de las Casas, que pregonó con tanto ahinco, y arrojó incontrastablemente mil azares por la causa de los Americanos! En vano le achacan sus detractores la esclavitud de los negros, con la mira de librar á los desventurados Americanos: ¿es creíble que á un amigo tan declarado de la humanidad le ocurriese jamás trasladar sobre otras cabezas el yugo de la opresión?

La abolición del tráfico de negros fué promulgada por la Francia en 1815. Ya de hecho estaba prohibido tan odioso comercio durante la revolución, en cuya época se decretó la manumisión de los negros en las colonias; así es que la nación francesa se adelantó á la Gran-Bretaña en hidalgo desprendimiento y sin reparar en las consecuencias.

En efecto, ya era de presumir que los negros oprimidos tendrían agravios que vengar, y que solo considerarían á sus amos como perseguidores y tiranos. Así es que á penas se vieron descargados de do, por la desenfadada persecución á que se vieron espuestos los hombres mas ilustrados. Gracias á la inmortal CRISTINA, desapareció aquel tiempo.

*Nota del Traductor.*

tan odioso yugo, parecidos á un resorte que impetuosamente se suelta, arrojáronse contra los blancos con el rabioso frenesí que infunden los climas ardientes á las fieras pasiones del odio y la venganza. Estos mismos hombres, que tan humillados se vieran por la deshonrosa esclavitud, no acertaron á alcanzar el señorío que enjendra la independencia. Embriagáronse de sangre, y empuñando el puñal y la tea, mostráronse insaciables de carnicería, á impulsos del temor de ser nuevamente subyugados por los blancos. Algunos autores dudan que el negro sea bastante animoso para merecer una libertad verdadera, ya que esta no cabe sin aquella entereza de carácter que no titubea en sacrificar sus pasiones al interés público y á la patria.

El negro es sobrado yerto para conservar su independencia, y demasiadamente arrebatado para moderar sus impulsos en el trance de su poderío. Jamás alcanza un justo medio: *si no teme, oprime; si no oprime, teme*. Rendido hasta lo sumo en la adversidad, es insolente en demasía en la prosperidad: el negro, cuando ejerce el mando, se convierte en verdugo de sus propios compatriotas; así es que ni aun entre las tribus africanas logra el negro la libertad, aunque por otra parte los menguados alcances de sus mandarines le libran felizmente de lo mas pesado del despotismo.

Por mas que desgraciadamente sean ciertas estas observaciones, no desahuciamos para lo venidero á estos hombres, á quienes no pudo naturaleza alejar para siempre de la civilización. Si bien no son

iguales nuestros, ¿porqué hemos de suponer que otras circunstancias mas adecuadas no encenderán entre ellos la resplandeciente antorcha de la vida social, en cuanto lo consientan su complexion y capacidad? No desheredemos á ningun miembro de la gran familia humana de estas nobles y gloriosas esperanzas; alarguemos mas bien al desvalido una diestra protectora para ayudarle á alcanzar un escalon honroso en la gradería de la perfeccion. Solo con estos servicios mutuos consolidarán todos los pueblos de la tierra su deseada felicidad; y multiplicarán, con el trueque de los frutos del suelo y de los artefactos, las recíprocas prendas de su amistad, en vez de destruirse unos á otros con la guerra, ó de oprimirse mutuamente con atroces violencias que perpetúan las contiendas y eternizan las venganzas.

## ARTICULO TERCERO.

## DE LA CONFORMACION PARTICULAR DEL NEGRO; COMPARACION DE ESTE CON EL HOMBRE BLANCO Y EL ORANGUTAN.

Hasta aquí hemos considerado el negro bajo sus relaciones morales; pero ahora vamos á deslindar la causal de su color, que no es el ardor ni la luz de su clima, como se había supuesto.

El Dr. Mitchill de Virginia (1) establece en primer punto que el grado de tizne del cutis de los negros corresponde con los de densidad y opacidad que el calor produce en sus tegumentos. Segun Barrera,

(1) *Philosoph. Transact.*, n.º. 474.

el ardor del clima condensa y concentra la bilis, la cual, derramándose por los tejidos, como en la ictericia, ateza y tizna mas ó menos á los meridionales; esta bilis, que, segun Santorini y Springer, es negra en los negros, amarillece la túnica albugínea de los ojos; y por último, segun el autor ya citado, tienen los negros las cápsulas atrabiliarias mas voluminosas é hinchadas que los blancos. Esta misma hipótesis defendió el fisico Lecat (1).

Con todo, esté último autor está muy lejos de admitir que el clima pueda variar totalmente el color del cutis, y mucho menos que pueda disponer de tan diversos modos las fisonomías con que se distinguen las especies humanas; y es indudable, añade, que el calor, el clima y el sol no ejercen el menor influjo en la fisonomía (2).

La antigua opinion de que el color negro procede principalmente del destemple y del jénero de vida, fué sostenida por Buffon, Pauw, Zimmermann, etc., que en esta parte siguieron el dictámen de los filósofos antiguos; pero esta misma opinion ha sido impugnada con hechos y poderosos argumentos por otros diversos autores, y especialmente por Rejinaldo Forster, que siguió al célebre Cook en sus via-

(1) Véase tambien Cassini, *Observation sur un homme blanc devenu noir*, en las *Mém. de l'académie des sciences*, 1702. Hist., páj. 29; y Abraham Baeck, en los *Vetenskap. acad. Handlingar*, 1748, s. IX.

(2) *Traité de la couleur de la peau humaine*, Amsterdam, 1765, en 8.º, páj. 10.